AMADO ALONSO Y EL ESPAÑOL DE AMERICA: LA BASE DEL ESPAÑOL DEL NUEVO MUNDO*

Enrique Carrión Ordóñez

El Día del Idioma recuerda a Cervantes, símbolo claro de nuestra vasta comunidad hispanohablante y el más celebrado representante literario de la lengua castellana clásica. En esta ocasión ha dispuesto nuestro Instituto que conmemoremos también el centenario natal de uno de los mayores estudiosos de la lengua: don Amado Alonso. Por honrosa comisión de la Directiva, quisiera exponer ante Uds. algunas consideraciones acerca de lo que debe la historia del español de América a los trabajos del admirable investigador español radicado por largos y fecundos años en Buenos Aires.

Abundan las aportaciones de Amado Alonso al conocimiento del español y los dialectos hispanoamericanos; son muy importantes sus estudios sobre diversos literatos antiguos y modernos de nuestro Continente. Para esta ocasión he preferido detenerme en los escritos del ilustre investigador acerca de la implantación y difusión inicial de nuestra lengua en estas Indias. Cuando se prepara una investigación extensa al respecto, nos salen al paso constantemente sus agudos

* Discurso de Orden el Día del Idioma, martes 23 de abril de 1996.

planteamientos y sus valiosas informaciones puntuales, fruto de copiosas lecturas y de cuidadosas observaciones. Puedo decir que desde 1954, cuando hubo ocasión de reseñar sus *Temas Hispanoamericanos*, me quedó afición al asunto. Los primeros apuntes para el estudio en preparación datan de entonces. Lo mejor que digan estas cortas palabras no estará ciertamente a la proporción de sus largos merecimientos. La sombra ejemplar del maestro y la tolerancia de la respetable audiencia pasarán por alto las deficiencias de la presente exposición**

Amado Alonso había nacido en el pueblo de Lerín el año 1896. Venía de su Navarra con propósitos académicos no menos robustos que sus antecedentes deportivos. Era casi un profesional de la pelota vasca. Para su compañero de estudios, el mejicano Alfonso Reyes, tenía el aire saludable “de comedor de manzanas”. Lucía una gallarda apostura varonil, que ha inspirado cierta divertida evocación a Dámaso Alonso, tocayo, amigo más que pariente¹. Mantuvo una robusta fe, que a Luis Jaime Cisneros instaba a facilitarle el precepto dominical en la Catedral limeña a la llegada de un viaje que no pudo ser. Estudió con brillo en Madrid y en Hamburgo; aceptó la conducción del Instituto de Filología en Buenos Aires donde habría de cumplir una decisiva tarea en beneficio de la filología española y el estudio de la lengua en América². La demagogia patrioterica lo indujo a retirarse de Argentina. Harvard lo llamó en 1946; ahí, en Cambridge de Massachusetts, herido por

** Debo agradecer la decisiva y permanente ayuda de Luis Jaime Cisneros por los documentos e informaciones orales que me ha brindado. Es ocasión de reconocer mi deuda con la atenta y constante generosidad de don Guillermo Guitarte en el envío de sus valiosas publicaciones. Sin duda la gratitud me obligaría a alargar estas dos menciones representativas.

1. D. Alonso, “Amado Alonso ante la muerte” en su: *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*. Madrid, Gredos, 1962, pp.179-85; *Obras Completas*, IV, 1975, pp. 231-36.
2. E. Carilla, “Amado Alonso en la Argentina”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. (Madrid), XVIII, 1954, pp. 269-76.

maligna enfermedad, trabajando con desnudo sin embargo hasta sus últimos días, falleció demasiado temprano el año 1952³.

La publicación de su primer estudio interesante para América data de 1925 y figura en el primer *Homenaje* a Ramón Menéndez Pidal⁴. Trata del grupo de consonantes /tr/. El tema fue estimulado por algunas afirmaciones de Rodolfo Lenz. Este destacado investigador germano radicado en Chile intentaba demostrar la influencia del sustrato indígena sobre el español de aquel país. Creyó que, entre otros fenómenos, la pronunciación asibilada y fricativa de **tr**, **rr** eran patentes pruebas de tal influencia. En nuestro país no faltan opinantes que siguen relacionando estos sonidos con el quechua. Ello, a pesar de que los medios de comunicación nos han familiarizado ahora con hablantes y cantantes cultos y populares que presentan variedades similares a las del castellano andino, sin que se puedan barruntar contactos argentinos o mejicanos con el mapuche o el *runa simi*. En el primer cuarto de ese siglo no se tenían estas facilidades de información. Al formular sus conjeturas Lenz no conocía mucho sobre dialectos hispánicos. Alonso demostró palmariamente que esa manera de pronunciar no resultaba peculiar de comarcas con interferencia india. Recordó incluso que en algunas poblaciones de su Navarra natal se oían tales variantes fonéticas.

Al asumir la dirección del Instituto de Filología en la Universidad de la capital argentina, Don Amado acometió entre sus valiosas iniciativas la de alentar y publicar los

-
3. Luis Jaime Cisneros, "Amado Alonso". *El Comercio*, Lima, 28 de mayo de 1952, p. 5.
 4. "El grupo **tr** en España y América" *Hom. MPidal* II, 1925, pp. 167-91. Con el título "La pronunciación de **rr** y de **tr** en España y América" aparece recogido en sus *Estudios Lingüísticos. II. Temas hispanoamericanos*. Madrid, Gredos, 1953, pp. 151-95. Menéndez Pidal había sostenido el carácter panhispánico del fenómeno desde las primeras ediciones de su *Manual de gramática histórica española* (§ 35_{sb}).

mejores estudios disponibles sobre las distintas modalidades idiomáticas en los países de América. Así nació la prestigiosa **Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana** que alcanzaría a publicar siete volúmenes. Alonso parece haber previsto un volumen dedicado al Perú. Acogió con interés el libro de Pedro Benvenuto en las páginas de una revista que cuenta entre sus más importantes fundaciones⁵. Sin ocultar sus reparos, advertía los méritos de aquel joven limeño quien, a pesar de ser prácticamente un autodidacta, había conseguido reunir valiosos datos y finas observaciones en su tesis. Nuestro recordado compatriota había mostrado, a sus precoces 21 años, posibilidades claras de superar las limitaciones metodológicas y ambientales. Sólo le faltaba perfeccionar una formación profesional iniciada con tan recomendables auspicios.

El profesor Alonso trabajaba en estrecha compañía del escritor y maestro Pedro Henríquez Ureña. Pertenecía este filólogo dominicano a una generación novecentista —la de nuestros directores Riva-Agüero y Belaunde— intensamente marcada por cierto idealismo historicista desde donde ellos indagaban los caracteres perdurables de las nacionalidades americanas y su articulación con el americanismo militante de sus predecesores modernistas. Henríquez había polemizado con M.L. Wagner sobre las raíces y rasgos diferenciales del español implantado en las tierras indianas⁶. Era el campeón

5. *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires), III, 1941, pp. 160-166. Esta valiosa publicación especializada siguió felizmente publicándose con el auspicio de Harvard y El Colegio de México bajo el nombre de *Nueva Revista de Filología Hispánica*.

6. P. HENRIQUEZ UREÑA, "Observaciones sobre el español de América". *RFE* VIII, 1921, pp. 357-90; XVII, 1930 pp. 277-284; XVIII, 1931, pp. 120-48. Este trabajo respondía al de M. L. WAGNER, "Amerikanisch-Spanisch und Vulgärlatein". *ZRPh* XL, 1920, pp. 286-312 y 385-404, quien replicó: "El supuesto andalucismo de América y la teoría climatológica". *RFE*, XIV, 1927, pp. 20-32. Posteriormente estos escritos de P.H.U. fueron reunidos por J. C. GHIANO (ed.), *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*. Buenos Aires, Academia Argentina

de una causa con doble vertiente: negativamente, impugnaba la difundida creencia sobre el carácter andaluz –vale decir, foráneo– del castellano americano fundacional; positivamente, afirmaba con argumentos históricos y filológicos la forjación independiente de una identidad cultural continental que se iría implantando sobre las culturas autóctonas, comenzaría a florecer durante el periodo colonial y maduraría en las modalidades originales de la lengua, el folclor y la literatura hispanoamericanas.

La argumentación de Henríquez Ureña, acogiendo sugerencias de Cuervo, pasaba revista a los recuentos demográficos disponibles a la hora de la polémica. Las cifras tentativas sobre la procedencia regional de los primeros colonos españoles en Ultramar no parecían favorecer el decantado andalucismo. Comparaciones específicas sobre la antigüedad del seseo americano respecto del andaluz, o al menos su coetaneidad, añadían demostración lingüística a las pruebas demográficas de lo que era por cierto una opinión, no por difundida, menos incierta. Y a ello se sumaban una escasa presencia de andalucismos léxicos en las Indias, inocultable heterogeneidad en

de Letras, 1976. Conviene notar que en su contribución al *Festschrift* del maestro de la Escuela de Madrid el joven Alonso admitía por real la impresión de que el español americano se parecía al andaluz (SERIS BLE). Sobre el debate ha proporcionado importantes aclaraciones G. Guitarte, "Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo de América". *Vox Romanica* (Zürich), XVII, 1958, 366-416; también BICC, XIV, 1959, pp. 20-81; recogido en sus: *Siete estudios sobre el español de América*. México, UNAM, 1983, pp. 11-61. (Publicaciones del Centro de Lingüística Hispánica, 13). La bibliografía sobre Henríquez Ureña es cuantiosa. Me limito a recomendar las comunicaciones de M. Alvarez Nazario, Juan M. Lope Blanch, Orlando Alba y María T. Vaquero al simposio "Pedro Henríquez Ureña, lingüista" (Río Piedras, 1984) reunidas por Humberto López Morales y precedidas de una buena introducción en un número especial de los *Cuadernos de la Universidad de Puerto Rico*, n° 13, 1985. 90 p. Del mismo Lope Blanch es la contribución "Pedro Henríquez Ureña, precursor" en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL)*. Santo Domingo, República Dominicana, 1984, t. II, pp. 527-36.

el interior de ambos dominios y no pocos reparos históricos adicionales. Alonso aceptó casi a fardo cerrado la argumentación de su colaborador y amigo, celebrado intérprete de la historia literaria y cultural americana, no menos que erudito catador de la literatura tradicional de ambos mundos y de los autores del Siglo de Oro peninsular. No era Don Pedro de esos americanistas pugnaces a lo Blanco Fombona que se creían obligados a renegar de la cultura española por defender los valores vernáculos y criollos.

Hacia 1937 encontramos una muestra del creciente interés de Amado Alonso por los orígenes del castellano en el Nuevo Mundo⁷. El año siguiente aparecía en su contribución al II Congreso de Historia de América el anuncio de un libro en preparación *Sobre la fecha y el origen del seseo americano*, el punto más controvertido, piedra de toque en la discusión del andalucismo. La ponencia trae la formulación temprana de algunos principios conductores de su concepción fundamental y se presenta como un anticipo de esa historia de la confusión de sibilantes planas y redondeadas⁸. El *seseo*, sostiene, surge de un proceso desarrollado en América y es un

7. Alonso, Amado. "El idioma español en los ideales del siglo XVI". *Universidad de La Habana*, V, 15, 1937, pp. 32-48.

8. (Id.) "Primeros problemas históricos del castellano en América". En: *Actas del II Congreso Internacional de Historia de América*, III, 1938, pp. 607-21. Examina con cuidado el análisis de las rimas efectuado por Cuervo. Concluyó el filólogo bogotano estableciendo que: 1. La distinción quedó en pie durante una o dos generaciones en el Nuevo Mundo, después de las cuales se borró. 2. Tiene procedencia andaluza. Alonso revisa las pruebas métricas: Las rimas americanas del XVI muestran el seseo condicionado primariamente por la posición implosiva final. Castellanos no ofrece razones para cambiar este panorama, aunque en su obra proliferen los americanismos. Adicionalmente Francisco de Vergara [1569, guipuzcoano con 33 años de residencia en el RPI], y González de Eslava, llegado a México en 1558, que muestra 38 confusiones en la final y 7 en intervocálica, pero con algunos casos poco significativos. Alonso discute también propuestas de Marden y Willey. Discute también propuestas de Marden y Willey. Por su parte Espinosa A creía seseantes a Barahona, Cueva y Alvarez Gato. Pero el seseo peninsular de *z* era fenó-

rasgo popularista. Contra la opinión generalizada, duda con Cuervo sobre la preexistencia del seseo en la Andalucía del XV. Cita la observación de Valdés sobre los primeros indicios de la confusión. Tampoco le parece que los andaluces predominaran demográficamente entre los pobladores del Nuevo Mundo. Pero el seseo americano era además diferente del andaluz, incluso menos avanzado, con diferencias regionales y sociales. Aunque parece que Sevilla estuviera a la vanguardia de la evolución, esta cobró impulso sólo avanzado el XVI, según se desprende de cierto testimonio de Arias Montano que Alonso valoraba de manera especial. Poco después publicaba en la capital cubana otro artículo sobre el mismo crucial tema del seseo⁹.

Otro asunto, sin embargo, atraía su atención: el glotónimo de nuestra lengua. Era ya antigua la discusión sobre la nomenclatura oficial del idioma en los países como Argentina, Bolivia y Venezuela, donde los más tempranos ajusticiamientos y combates de las guerras de independencia dejaron en la población rural y urbana un mal resabio del nombre de es-

meno raro todavía en la 1ª mitad del XVI, y no decide el futuro del seseo americano (p. 609). Por otro lado son diferentes el seseo con *z* y el seseo con *c*. Hay un enfrentamiento de ideales idiomáticos: en América triunfaría uno que en la Península se tomaba como vulgar (616), como se revela en la poesía de Eslava. En las ciudades, en cambio, hay orientación normativa: no presentan rimas seseantes 4 poetas examinados, mejicanos de nacimiento: Terrazas, Pérez Ramírez, Arrázola y Córdoba Bocanegra. Representan la tendencia tradicionalista de tipo culto, frente al neologista y popularizante Eslava. La distinción persistió (Mateo Alemán). Según Molina, *ç* se pronuncia *tz* (Otras citas de Valdivia y Ruiz de Montoya, 1640). Pero el seseo americano era diferente del andaluz, incluso menos avanzado, con diferencias regionales y sociales: "Y aun me atrevo a decir que las diferencias geográficas son reducibles también a diferenciaciones sociales, más que a la obvia diferenciación de procedencia peninsular de los colonizadores" (p. 619). En América hay una resocialización de usos idiomáticos, como lo revela el ejemplo de Pedro de Oña, hijo de burgalés, no mero trasplante.

9. "La pronunciación americana de la *z* y de la *ç* en el siglo XVI". *Universidad de La Habana*, 4-23, VIII, 23, 1939, pp. 62-83.

pañol, asociado al recuerdo persistente de las crueldades de tales *sarracenos* o *godos* contra los *patriotas*, tratados sañudamente como *insurgentes*¹⁰.

Así fue como apareció su estudio fundamental sobre la identificación de la comunidad hispanohablante a través de las diversas denominaciones del idioma compartido: *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*¹¹. Al inclinarse por el nombre de *español* no imponía sus propios sentimientos nacionales frente a los hispanoamericanos, sino que oía la voz de la historia y los usos paralelos en idiomas comparables. Estaba lejos de imaginar que este nombre por sinécdoque o antonomasia habría de despertar en su propio país suspicacias o incomprensiones regionalistas. Pienso que los americanos, que han distinguido con intención valorativa diversas cosas de *Castilla*¹² seguirán usando el glotónimo *castellano*, no ajeno de homologías, apropiado por la historia y por el consenso.

El último quinquenio de su vida lo pasa Alonso volcado al rastreo de aquellos cambios en la fonética castellana medieval que conducen a la pronunciación del español moderno. Guiado por la abundante bibliografía que había reunido y

-
10. Hemos tratado sobre el empleo táctico de estas y otras palabras y acepciones aguerridas en diferentes testimonios de finales del periodo colonial: E. Carrión Ordóñez, "De la campaña verbal durante la Independencia. *Insurgente, patricio, sarraceno, tuitivo*". *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, (Lima) n° 12, 1982/ 1983, pp. 41-59. [Homenaje a J. A. de la Puente C.]
 11. Buenos Aires, Instituto de Filología, 1938. 198 p.; ed. rev. Buenos Aires, Editorial Losada, ²1943. 171 p. (Biblioteca Contemporánea, 101); ³1949; ³1958. Se examinan aquí con agudeza y amplia información los factores ideológicos y sociales que han incidido en las alternativas optadas por instituciones y por usuarios influyentes.
 12. Manuel Alvar, "Hablar pura Castilla". *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid) n° 214, 1967, pp. 24-49; recop. en su: *Variedad y unidad del español*. Madrid, Prensa Española, 1969, pp. 175-192.

comentado el Conde de la Viñaza¹³ rebuscaba y examinaba cada brizna de información aprovechable indagando la calidad de cada testimonio a través de laboriosas reconstrucciones biográficas y desechando páginas anodinas, noticias plagias, datos confusos o ambiguos de viejos manuales de enseñanza de la lengua, de esporádicas alusiones de memorialistas y comentaristas. Encontró en los opulentos repositorios estadounidenses no pocos ejemplares completos de textos que hasta entonces conociera a través de escuetos asientos bibliográficos o insuficientes extractos de Viñaza, y añadió algunas piezas más que habían escapado a aquella diligente bibliofilia¹⁴.

Alonso reunió poco después diversos artículos que había publicado en revistas y misceláneas de limitada circulación. No puedo detenerme, a mi pesar, en el primer volumen de sus *Estudios Lingüísticos*, dedicados a temas generales y españoles. Vengamos al segundo, que recoge, enmienda y amplía trabajos dedicados a temas hispanoamericanos. Lo citamos abreviadamente Alonso *Est. Ling. H-A*¹⁵. La primera parte de

-
13. Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza, *Biblioteca histórica de la filología castellana*. Madrid, 1893. xxxv, 1112 p. Hay ed. facsím. en Gredos. Muy útil, aunque menos precisa y rica es su *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*. Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1892, xxviii, 435 p. Los abundantes libros de instrucción acerca de las lenguas amerindias contienen interesantes noticias indirectas sobre el español clásico y postclásico que esperan tratamiento más detallado.
 14. A. Alonso, "Examen de las noticias de Nebrija sobre la antigua pronunciación española". *NRFH*, III-1, 1949, pp. 1-82. Sobre el Anónimo de Lovaina, C. de Villalon y A. del Corro, su: "Identificación de gramáticos españoles clásicos". *RFE* XXXV, 1951, pp. 221-36. El investigador continúa su trabajo con: [Gramáticos españoles y franceses de los siglos XVI, XVII y XVIII] *NRFH* V, 1951, pp. 1-37; [Ingleses] *ibid.* 121-56; [Otros], *ibid.* 157-72; [Gramáticas de lenguas extranjeras por españoles], *ibid.* 263-312.
 15. *Estudios lingüísticos. II Temas hispanoamericanos*. Madrid, Ed. Gredos, 1953, 446 p. (BRH). 2ª ed. 1961; 1967; 3ª ed. 1976. Reseñado por: A. Carballo Picazo, *CuHA*, XVII, 1953: 367-69.- E. Carrión Ordóñez, *BIRA*, nº 2, 1953/54: 247-54. L. Flórez, *BICC*, X, 1954: 413-17.- E. Lorenzo, *Arbor* (Madrid), XXIX, 1954: 211-13.- M.A. Morínigo *RHM* (Nueva York), XXI, 1955: 140-41.

esta compilación indispensable se dedica a *Algunas cuestiones fundamentales*. Y ahí dentro, como punto de partida, entrega el estudio, ya clásico, sobre *La base lingüística del español americano* (pp. 7-72). Sigamos su razonamiento: El castellano, salido del rincón cantábrico, se va transformando en lengua nacional. Al secularizarse la sociedad, la lengua superior deja de ser el latín. El idioma de Castilla ha ido enriqueciéndose con nuevos contactos europeos, en dirección a un gran desarrollo durante el Renacimiento.

Cuando se dice que el idioma de los conquistadores, en comparación con el de un siglo después, era un lenguaje tosco y poco hecho, se dice una cosa muy repetida, pero que no tiene correspondencia con la historia (ALONSO *Est. Ling. H-A* p. 10).

El idioma de Guevara y Garcilaso, en suma, nos resulta más cercano que el de Calderón y Góngora.

En general Alonso rechaza falaces generalizaciones sobre los fundamentos del idioma continental: el preclasicismo, el andalucismo, el popularismo, el indigenismo que supuestamente han determinado la fisonomía de las hablas hispano-americanas. Seguidamente pasa revista detallada a tales conjeturas.

El español anteclásico, ¿base del americano?

Sostenida por varios filólogos, este lugar común contiene dos errores: a) Confundir lengua y lenguaje literario; b) Suponer que el español de hoy deriva del que se hablaba en el siglo XV. La teoría pudiera valer para el judeo-español, que careció de la comunicación colonial. Como acierto parcial admite que en La Española el castellano fijó elementos que después se difundieron al Continente: cambios semánticos (**quebrada, estancia**, etc.), marinerismos (**mazamorra, botar, halar, largarse**), indigenismos (**maíz, canoa, ají, batata, hama-ca**). El idioma sufrió los cambios exigidos para su adaptación

al nuevo espacio natural y social. Como los hombres que lo platicaban, el castellano **chapelón** se tornó **baquiano** y devino en **criollo**.

El lenguaje de los andaluces

Es una impresión auténtica entre castellanos el aire andaluz del acento americano, aunque carece de justificación histórica. La generalización se basa dos características: el **seseo** y el **yeísmo**, fenómenos que comparten ambos espacios dialectales hasta en la pronunciación de la clase culta. El seseo es autóctono y heterogéneo, sostendrá enfáticamente Amado Alonso; el yeísmo se documenta incluso antes en esta América. Además, las regiones que fueron más importantes en la época colonial no ofrecen afinidad especial con el andaluz, salvo las Antillas, donde se comprueban mayores correspondencias, aunque el antillano en otros aspectos es más cercano al castellano que al andaluz. Tampoco hay fundamento demográfico para tal creencia, porque la población fue parejamente de andaluces y castellanos.

La conquista y colonización de América se hizo "con los pueblos de todas las regiones españolas" (Alonso *Est. Ling. H-A.* p. 46). Hasta 1504 sólo pueden participar los castellanos en la empresa colonizadora; desde esa fecha también participa la Corona de Aragón. Los puertos cantábricos tuvieron autorizaciones para comerciar ya desde 1529.

Pero la mayor proporción de habitantes fue de castellanos y andaluces; siguen los extremeños, leoneses y los oriundos de las restantes regiones¹⁶.

Los individuos de distinta procedencia fueron adaptando su modo de hablar según el ideal toledano y el sentido nacio-

16. Datos allegados por P. Henríquez Ureña en 1932. Ver el estudio de G. Guitarte (1958) citado en nota 6.

nal. Los diferentes interlocutores no familiares favorecerían, con el *intercourse*, el abandono de localismos.

El español popular ¿base del americano?

La composición social de los españoles de la Colonia no difería de la que había en las comarcas metropolitanas. El lenguaje naturalmente era el coloquial en ambos espacios, distinto del idioma culto. Si se quiere establecer que en América predominaba la modalidad plebeya o vulgar, se admite una opinión errónea.

Indigenismo

En cuanto a su "*Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz*",¹⁷ era la reformulación del trabajo juvenil que dedicó a Menéndez Pidal. Se trata, como ya dijimos, de una refutación cuidadosa y convincente de la creencia en que el sustrato indio había producido ciertos cambios fonéticos importantes en el español de Chile. Alonso los encuentra en regiones ajenas al contacto con el mapuche. Aquí, y especialmente al elevarse a consideraciones generales sobre el concepto de **sustrato**¹⁸ el sagaz filólogo español establece los presupuestos teóricos y las exigencias metodológicas para que el concepto resulte operativo y sus aplicaciones tengan validez demostrativa.

El español que hablaron los conquistadores. Su reconstrucción emplea fuentes variadas 1) *La Gramática* y el *Vocabulario* de Nebrija, la primera nacida de un deseo nacionalista por regular la norma y preparar la expansión. Aunque en la

17. Alonso *Est. Ling. H-A.* pp. 332-398. Orig. *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires) I, 1939, pp. 331-350. BDH, 1940, VI, pp. 279-89.

18. Amado Alonso plantea el problema del sustrato quechua en el Perú dentro de su artículo "Substratum y superestratum" *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires) III, 1941, pp. 209-218, recop. en sus *Estudios Lingüísticos. I. Temas Españoles*. Madrid, Gredos, 1951, p. 313.

práctica no sirvió de mucho, abrió el paso a la tarea de uniformar la lengua. 2) Los sefarditas, apegados al uso antiguo, "más próximo al de los españoles del Descubrimiento que ningún habla de la Península o de América" (Alonso *Est. Ling. H-A.* p. 25) aunque en su origen fuera algo diferente al común, y aunque haya evolucionado en algo, siguiendo las tendencias ya en proceso de fricativizar [ts] [dz] e igualación con [s] [z]. Pero se mantuvo la distinción entre sordas y sonoras. 3) Documentos coetáneos: *El Diálogo de la Lengua de Valdés*. Es fuente valiosísima, porque habla de los cambios de uso y las preferencias de la lengua cortesana. Ataca el andalucismo de Nebrija y los vulgarismos, señala neologismos deseables, las formas "plenas" para evitar la dispersión dialectal. Las variantes de palabras que declara preferir se difunden por toda América. Rara vez se equivoca en su selección. Sus datos fonéticos, muy útiles y seguros, especialmente los datos sobre sibilantes. Por lo general lo condenado por Valdés no ha sobrevivido en América.

La base lingüística del español de América

Su propuesta positiva es la configuración secular de una "base" sostenida por la *forma interior* americana como organizadora de la lengua en su nuevo ambiente social y natural:

La base del español americano es la forma americana que fue adquiriendo en su marcha natural el idioma que hablaban los españoles del siglo XVI, los de 1500 y los de 1600 y unos decenios del XVII (ALONSO *Est. Ling. H-A.*, p. 12).

La verdadera base fue la nivelación realizada por todos los expedicionarios en sus oleadas sucesivas durante el siglo XVI (*ibid.* pp. 53-54)

En cualquier caso la relación con la Península se mantuvo viva, a diferencia de lo ocurrido con los sefarditas. La debilidad imperial, junto con la creciente maduración de las so-

ciedades americanas, favoreció después la aparición de tendencias regionalistas, actualmente reniveladas. Propone buscar una explicación compleja de cada fenómeno. El aporte más cuantioso sería el del castellano, como lo fue al momento de la reconquista de Andalucía, y siguió siéndolo.

El efecto perseverante que la lengua nacional o **el español** iba teniendo década tras década en la nascente modalidad americana se manifiesta en el hecho estupendo de que el español ultramarino compartió sustancialmente la grave evolución fonética que el idioma cumplió en España, en contraste con el judeo-español (*ibid.*, p. 56)

Alonso disiente de Toro y Gisbert y de Corominas respecto de andalucismos y occidentalismos en el vocabulario hispanoamericano. De los 30 dialectalismos de toda España que Cuervo reuniera, algunos se usaron antes también en Castilla; y se usan en varias provincias algunas voces que parecen propias de dialectos ajenos. La importante aportación demográfica andaluza, sostiene Alonso, lingüísticamente hablando fue castellana general¹⁹.

-
19. Además del importante trabajo de G. Guitarte (1983) citado en la nota (6) puede encontrarse un número quizá frondoso de resúmenes panorámicos que repiten con cierto detalle la polémica sobre el andalucismo fundamental del español americano. Nos referiremos a algunos de los últimos: M. Danesi, "The case for *andalucismo* reexamined." *HR*, 44, 1977. pp. 181-193.— H. Izzo, "Andalusia and America: the regional origins of New World Spanish". En: Ernst Pulgram (ed.) *Romanitas. Studies in Romance Linguistics*. Ann Arbor, University of Michigan, 1984, pp. 109-131.— J. A. Frago "La fonética del español meridional y sus fuentes históricas". En: *Miscelánea. Sanchís Guarner*, Valencia, 1984, II, pp. 131-137.— R. Cano Aguilar. "El habla de Sevilla y los dialectalismos del español de América". *Philologia Hispalensis*, II, 1987, pp. 103-114.— F. Abad Nebot, "Historiografía del concepto de "español atlántico". En: *Actas del III Cong. Intern. del Español en América* [1989]. Valladolid, 1991, t. I pp. 99-116.— J. A. Frago G. "El andaluz en la formación del español americano". *1er. Simposio de Filología Iberoamericana*. Sevilla, 1990, pp. 77-96.— M. B. Fontanella, *El español de América*. Madrid, Editorial Mapfre, 1992.- 287

Pero tampoco el castellano común constituyó la **base**, como no lo fue el aporte regional, ni la lengua del XV cercenada de la Península, ni el habla vulgar. La base de la modalidad americana, en opinión de Alonso, está en la historia y la bifurcación de la vida social entre ambas orillas oceánicas. El fundamento positivo que tiene el modo americano de evolución idiomática es el modo americano de vida (p. 62), por más que mantuvieran en mente la organización social del terruño. El cambio de proyecto vital comenzó desde que los inmigrantes se proponen viajar y lo hacen. La experiencia marítima los marcará. Desde el embarque tendrán una disposición lingüística nueva²⁰.

Inicialmente adaptaban el valor semántico de multitud de voces familiares a referentes distintos del Continente. Ya desde los primeros viajes colombinos adoptaron indigenismos. La misma americanización impregna el significado relacionado con nuevos valores sociales e individuales. El orden social cambiaba y ello arrastraría a la lengua, como lo advierte en cierta acotación efectuada por Santa Teresa al explicar la

p.— Un interesante alegato contra el *andalucismo* formula G. Salvador, "Discordancias dialectales en el español atlántico". En: *Primer Simposio Intern. de lengua española* [1978]. Las Palmas de G. Canaria, Excmo. Cabildo Insular, 1981, pp. 351-59. Reúne este dialectólogo, uno de los colaboradores del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*, cierto número de fenómenos lingüísticos significativos que contradicen la inclinación a aceptar la decantada afinidad entre los dialectos meridionales. De esa manera, aunque empleando el concepto de "español atlántico" a que nos referimos en la nota (25), revalúa la posición de Amado Alonso.

20. A. Alonso se detiene en la información que se deriva de una famosa carta de Eugenio de Salazar y sostiene que aquí se prueban las motivaciones de los abundantes marinerismos en tierras indianas. La carta es de orden literario y por esa razón sobrecarga las tintas. Hay en el mismo *Ensayo* de Gallardo, que publicó por primera vez la valiosa obra de este escritor de fines del XVI, otras manifestaciones de la percepción aguda que tiene ese autor de las diferenciaciones lingüísticas dentro del castellano. Las obras de Salazar se van estimando cada vez más, como lo prueban las reediciones y comentarios nuevos.

novedosa fórmula de tratamiento que ostenta su hermano. El proceso de diferenciación fue moderado por el intercambio constante con la Metrópoli²¹ [puente de madera]

El estudio sobre los *Orígenes del seseo americano* (Alonso *Est. Ling. H-A.* pp. 102-132); *reajuste del tema*, 1952 (*loc. cit.* pp. 132-150) aborda un argumento capital de la hipótesis andalucista. Con mucho, es el tema que ha dado lugar a más discusiones y refutaciones, sobre todo desde que aparece el segundo volumen de su historia de la pronunciación. Alonso, que trabajaba en ella hasta poco antes de morir, al temer que sus propósitos quedaran truncados, pidió a Rafael Lapesa la perfección y publicación de sus borradores. Mientras cumplía generosamente con esta delicada misión, Lapesa sin embargo comenzó a convencerse documentalmente de la antigüedad del seseo andaluz y terminó paradójicamente convertido en campeón de la causa que Alonso combatía²².

Otros autores había que no aceptaron desde antes las demostraciones del fallecido maestro. Dos estudiosos de EE.UU. retomaron la tesis andalucista. Canfield fue de los primeros en abrir fuego por los campos de la fonética²³; Boyd-

21. En la sección *Americanismo en la forma interior del lenguaje* podemos notar un intento de extraer consecuencias metodológicas partiendo de ciertas tesis humboldtianas, sin duda mantenidas por su frecuentación del idealismo vossleriano y renovadas por las propuestas de Trier y otros estudiosos alemanes de las configuraciones ideológicas subyacentes a los campos léxicos. No creo que otros niveles del análisis lingüístico se prestaran al mismo tratamiento.

22. A. Alonso, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Ultimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa. t. I, Madrid, Gredos, 1955 (reed.); t. II, *ibid.* 1969. — (BRH, H, 5). El proyecto editorial se publicaría póstumamente en tres volúmenes, pero no sabemos que haya aparecido el último anunciado. La obra constituye al momento un hito fundamental sobre la historia de los fonemas consonánticos que sufrieron cambios en el tránsito del español medieval al clásico y contiene abundantes referencias al castellano de América.

23. D. L. Canfield, "Andalucismos en la pronunciación hispanoamericana". *Kentucky Foreign Language Quaterly* (Lexington) VIII, 1961, pp. 177-

Bowman se empeñaría en el debate demográfico. A ambos se sumarían varios colaboradores del Seminario Menéndez Pidal: el referido Lapesa, Diego Catalán, Germán de Granda, Alvaro Galmés de Fuentes.

Canfield sostuvo que ciertos cambios originados en Andalucía y en otros focos diferente eran admitidos o rechazados por una sociedad americana donde se iba afirmando la presencia influyente de los criollos. Este discípulo de Navarro Tomás admite el condicionamiento ecológico y comunicativo que terminaría por diferenciar el castellano de las tierras bajas de aquel otro platicado en las tierras altas. Pero básicamente los cambios fonéticos americanos serán resultados de dos ondas sucesivas originadas desde el mismo foco meridional; de dos irradiaciones andalucistas. Su demostración simplifica demasiado y otorga causalidad decisiva a una propensión americana a una “base de articulación” con **lingua plana** propagada desde Andalucía. Otros errores y vaguedades del mismo autor —en buen parte debidos a la deficiente información ajena que precedió su panorama, y en parte, por la preocupación reiterada de confirmar sus hipótesis con una fonética fisiológica superada— fuerzan en exceso los hechos y evitan ponderar las contrapruebas.

La culminación del laborioso trabajo de Boyd-Bowman sobre la procedencia, cronología y destino de varios millares

181. Pero sobre todo, su libro *La pronunciación del español en América. Ensayo histórico-descriptivo*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1962, condensa una vasta bibliografía sobre la fonética consonántica hispanoamericana, a la que el autor agrega sus propias observaciones de campo. Para probar la continuación de las normas andaluzas en América establece dos estratos en la formación de las isoglosas diatópicas: I: Desde el periodo antillano se configuran, con el **seseo**, características meridionales del español continental, divergente del estándar norteño peninsular, y convergente con las hablas andaluzas y canarias. II. Un siglo después, establecido el régimen colonial, aparecen nuevas isoglosas, como la del **yeísmo**, que configuran la regionalización interna de la fonética americana.

de pobladores españoles durante el XVI se alega como prueba victoriosa del andalucismo. Lo es sólo en apariencia. La ventaja temporal, numérica y social de los andaluces, así parezca evidente, no resulta contundente ni del todo demostrativa de una influencia lingüística si no se acompaña de pruebas lingüísticas.

De los fenómenos fonéticos concedemos ahora que el **seseo** tuviera su foco en Sevilla, aunque no se ha descartado del todo la poligénesis que postulaba Alonso, tanto más si nos remitimos al desequilibrio latente en la red de relaciones fonológicas que sostenía las sibilantes toledanas²⁴. La ninguna simpatía de Menéndez Pidal por admitir la posibilidad de focos simultáneos para los cambios fonéticos explica que sus seguidores peninsulares –y el mismo maestro en el *Homenaje a Martinet*–

-
24. Los orígenes del seseo no pueden desligarse del proceso de ensordecimiento que afectó a las sibilantes. Se concede que este proceso vino del Norte, pero no llegó a desarrollarse antes de la expulsión de los judíos, ya que en sefardita se conserva la oposición, ni logró extenderse en una comarca sudleonesa estudiada por Aurelio Espinosa. Otro cambio concurrente es la desoclusión (desafricación) de las africadas, que en el dialecto *chinato* se combina con el mantenimiento de una dental no redondeada. Como muestra de la insuficiente información subsistente acerca de su cronología y propagación, transcribamos estas palabras de un manual reciente y autorizado: "The date of deaffrication of **Ç** and **Z** has been disputed. A number of sixteenth century grammarians speak of these consonants as though these were still affricates (Alonso 1955, pp. 365-72) and various authors compare the sounds with the Italian **z** and **zz**. However, there are abundant indications that the occlusive element has been lost much earlier, at least in some regions (probably the North first) and in the lower social strata" (Lloyd 1987, p. 333). Los tres cambios produjeron la transfonologización de la /s/ apical del castellano norteño, ahora marcada de posterioridad opuesta a la nueva correlación de fricativas agudas, entre las que se encuentra como interdental /θ/ el fonema continuador de ambas africadas dentales. El sistema norteño actual difiere diatópicamente de las hablas meridionales, donde ocurrió aquella desfonologización del mismo fonema que se denomina comúnmente **seseo**, por más que –desde algún tiempo ya– se la considere un **ceceo** (o **çeceo**) histórico. Más detalles en Alarcos, *Fonología española*³ 1961, p. 268.

hayan discrepado del antiguo discípulo, y combatido en favor de lo que pudiéramos llamar el “neoandalucismo monogénico”.

Diversos autores habían observado la insegura representación de las comarcas meridionales dentro del léxico de las tierras indianas. No era posible decidir fácilmente si lo que hoy se considera andalucismo sea acaso relicto de una isoglosa general o incluso, un rasgo netamente castellano conservado en tierras béticas y amerindias, aunque desusado en Castilla desde los tiempos postclásicos o contemporáneos.

En la abundante bibliografía sobre el andalucismo no son pocos los inclinados a disputar escolásticamente, en lugar de mostrar empíricamente los condicionamientos textuales y extratextuales de los procesos. Es frecuente además, y grave, que se intente extrapolar sin razón aparente el probable origen sevillano de un proceso como el del *seseo* a otros casos, a otros fenómenos incluso contradictorios.

Para hablar de *andalucismo* debiéramos delimitar previamente la diatopía castellana del Prerrenacimiento. La más grave dificultad surge de la falta de investigaciones satisfactorias sobre las características dialectales del andaluz del siglo XV e incluso de su evolución hasta el XVIII, confrontadas con las demás hablas peninsulares. Ultimamente van apareciendo investigaciones sobre documentos administrativos, informales y utilitarios de la Andalucía precolombina que pudieran subsanar esta notoria debilidad de los litigantes.

Es preferible mantenerse a distancia de generalizaciones extremas, prefiriendo abordar por separado los argumentos esgrimidos para no caer en la trampa de dar lo parcial por total. En el conocimiento histórico la demostración suele ser acumulativa y por ello, sensible a los cambios heurísticos como parece la prioridad del *seseo* sevillano sobre el continental y salvada la falacia *post quam, propter quam* no se sigue que en las demás pruebas la razón asista a los andalucistas,

que asignan un privilegio excesivo a los momentos iniciales del establecimiento antillano, subestiman el peso sociolingüístico del prestigio en la propagación de normas, generalizan apresuradamente a disímiles aspectos de la estructura la influencia meridional, ignoran significativas contrapruebas y descuidan los aspectos paleográficos y filológicos de la documentación²⁵.

La cuestión sobre los orígenes del español continental presenta, desde que Amado Alonso la renovara sustancialmente, subtemas extralingüísticos que revisten cierta importancia: cronología, cantidad y calidad de la inmigración meridional, mantenimiento de las comunicaciones a través de flotas y armadas, similitudes ecológicas entre las tierras costañas y bajas de ambos mundos. Pero las cuestiones lingüísticas deben resolverse definitivamente en su campo propio, en el registro, descripción, análisis y comparación de los hechos del lenguaje.

25. El concepto de *español atlántico* propuesto por Diego Catalán en "Génesis del español atlántico. Ondas varias a través del Océano" *Revista de Historia Canaria* (La Laguna de Tenerife) t. XXIV, n° 123/24, 1958, pp. 233-244m ha ampliado y desplazado parcialmente la polémica del andalucismo. Baste con mencionar sobre esta nueva categoría histórico-lingüística el recuento de F. Abad Nebot, Francisco, "Historiografía del concepto de "español atlántico". *Actas del III Cong. Intern. de El Español en América*. [1984] Valladolid, 1991, t. I, pp. 155-163, aunque sus consideraciones corren riesgo de confundir cuestiones teóricas, metodológicas e históricas.